


«Combina a la perfección estoicismo, psicología e historia.» **MARCOS VÁZQUEZ**,  
creador de Fitness Revolucionario

«Si quieres aprender a pensar y a actuar como el mejor emperador romano que hubo, no  
conozco mejor libro que este.» Del prólogo de **PEPE GARCÍA**, creador de [elestoico.com](http://elestoico.com)

# PIENSA COMO UN EMPERADOR ROMANO

La filosofía estoica de Marco Aurelio para dominar  
tus emociones y gobernar tu vida

**DONALD ROBERTSON**

 temas de hoy



DONALD ROBERTSON  
PIENSA COMO UN EMPERADOR  
ROMANO

La filosofía estoica de Marco Aurelio para  
dominar tus emociones y gobernar tu vida

Traducción de Carlos Jair Díaz Romero



temas de hoy

Título original: *How to Think Like a Roman Emperor*

© Donald Robertson, 2019

© por la traducción, Carlos Jair Díaz Romero, 2020

© por el prólogo, Pepe García, 2023

Macmillan Publishing Group, LLC es el editor original de la obra en inglés. Publicado por acuerdo con St. Martin's Publishing Group en asociación con International Editors' Co. Barcelona.

© de la primera edición en español,  
Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V., 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2021  
temas de hoy, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.  
Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-19812-23-0

Depósito legal: B. 21.260-2023

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Egedsa

*Printed in Spain* - Impreso en España

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



# ÍNDICE

<i>Prólogo de Pepe García</i> .....	9
<i>Introducción</i> .....	13
Relatando la historia del estoicismo .....	25
I. EL EMPERADOR MUERTO .....	31
La historia del estoicismo .....	47
¿En qué creían los estoicos? .....	57
II. EL NIÑO MÁS SINCERO DE ROMA .....	67
Hablar con sabiduría .....	96
III CONTEMPLAR AL SABIO .....	113
Seguir tus valores .....	133
IV. LA ELECCIÓN DE HÉRCULES .....	149
Conquistar los deseos .....	169
Pasos para cambiar los deseos .....	176
Agregar fuentes más sanas de alegría .....	196

V. COGER EL TORO POR LOS CUERNOS . . . . .	201
Tolerar el dolor . . . . .	216
VI. LA CIUDADELA INTERIOR Y LA GUERRA	
CONTRA NACIONES . . . . .	239
Renunciar al miedo . . . . .	243
Cláusula de reserva estoica . . . . .	247
Premeditación de la adversidad . . . . .	252
Habitación emocional . . . . .	255
Cambio psicológico espontáneo . . . . .	259
Ciudadela interior . . . . .	262
Distanciamiento cognitivo para la ansiedad . . . . .	265
Descatastrofismo y la contemplación de la impermanencia . . . . .	266
Postergación de la preocupación . . . . .	267
VII. LOCURA TEMPORAL . . . . .	275
Conquistar la ira . . . . .	288
La marcha al sureste y la muerte de Casio	312
VIII. MUERTE Y VISTA CENITAL . . . . .	317
<i>Agradecimientos</i> . . . . .	337
<i>Notas</i> . . . . .	339
<i>Bibliografía</i> . . . . .	347

# I EL EMPERADOR MUERTO

Es el año 180 d. C. Mientras otro invierno largo y difícil se acerca a su fin en la frontera norte, el emperador romano Marco Aurelio yace agonizante en su campo militar en Vindobona (la actual Viena). Hace seis días tuvo fiebre alta y los síntomas han empeorado con rapidez. Para sus médicos, no hay duda de que se encuentra a punto de sucumbir a la gran peste antonina (posiblemente una cepa de la viruela), la cual ha azotado al Imperio durante los últimos catorce años. Marco tiene casi sesenta años y es físicamente frágil, todos los signos muestran que es muy poco probable que se recupere. Sin embargo, a los médicos y cortesanos presentes les parece extrañamente tranquilo, casi indiferente. Se ha estado preparando para este momento la mayor parte de su vida. La filosofía estoica que sigue le ha enseñado a practicar la contemplación de su propia mortalidad de forma

tranquila y racional. Aprender cómo morir, de acuerdo con los estoicos, es desaprender cómo ser un esclavo.

Esta actitud filosófica hacia la muerte no le llegó de forma natural. Su padre murió cuando él era muy pequeño, convirtiéndolo en un niño serio. Cuando cumplió diecisiete años, fue adoptado por el emperador Antonino Pío como parte de un plan de sucesión a largo plazo ideado por su predecesor, Adriano, quien había previsto su potencial de sabiduría y grandeza, incluso desde que era un niño pequeño. No obstante, se sentía reacio a abandonar el hogar de su madre para vivir en el palacio imperial. Antonino convocó a los mejores maestros de retórica y filosofía para entrenarlo en su preparación para sucederlo como emperador. Entre sus tutores había expertos en platonismo y aristotelismo, pero su educación filosófica principal fue sobre estoicismo. Estos hombres fueron como familia para él. Se dice que cuando uno de sus tutores más queridos murió, Marco lloró con tal vehemencia que los sirvientes del palacio intentaron someterlo. Les preocupaba que las personas consideraran su comportamiento como impropio de un futuro regente. Sin embargo, Antonino les ordenó dejarlo: «Déjenlo ser tan solo un hombre por una vez; pues ni la filosofía ni el Imperio eliminan los sentimientos naturales».

Años más tarde, después de perder a muchos hijos pequeños, Marco Aurelio de nuevo se conmovió hasta las lágrimas en público al presidir un caso legal, cuando escuchó a un defensor decir como parte de su argumento: «Benditos sean aquellos que murieron por la peste».<sup>1</sup>

Marco era un hombre cariñoso y afectivo de forma natural, y la pérdida le afectaba profundamente. Durante el curso de su vida, recurrió cada vez más a los antiguos preceptos del estoicismo como una forma de lidiar con la muerte de aquellos cercanos a él. Ahora, mientras yace moribundo, reflexiona una vez más en torno a ellos. Algunos años antes había fallecido la emperatriz Faustina, su esposa de treinta y cinco años. Él había vivido lo suficiente para ver morir a ocho de sus trece hijos. Cuatro de sus ocho hijas sobrevivieron, pero solo sobrevivió *uno* de sus cinco varones, Cómodo. La muerte se encontraba por doquier. Durante su reinado, millones de romanos a lo largo de todo el Imperio habían muerto debido a la guerra o la enfermedad. Las dos iban de la mano, ya que los campos de legionarios eran particularmente vulnerables a los brotes de peste, en especial durante los largos meses de invierno. El aire a su alrededor aún estaba repleto del dulce aroma del incienso; los romanos esperaban en vano que ayudara a prevenir la diseminación de la enfermedad. Hacía una década ya que el aroma del humo y el incienso eran un recordatorio para Marco Aurelio de que vivía bajo la sombra de la muerte y de que la supervivencia de un día al siguiente no debía darse por hecho.

Infectarse con la peste no siempre era fatal. Sin embargo, el célebre médico de su corte, Galeno, había observado que las víctimas morían inevitablemente cuando sus heces se volvían negras, una señal de sangrado intestinal. Quizá fue así como sus doctores supieron que agonizaba o quizá solo se dieron cuenta de lo frágil que se



había vuelto con la edad. Durante su vida adulta había sido propenso a dolores crónicos de pecho y estómago y a episodios de enfermedad. Su apetito siempre había sido pobre. Ahora rechazaba la comida y la bebida *voluntariamente* para precipitar su propio fin. Sócrates solía decir que la muerte es como un bromista con una máscara terrorífica, vestido como un ser aterrador para asustar a los niños pequeños. El hombre sabio remueve la máscara con cuidado y, al mirar tras ella, descubre que no hay por qué temer. Debido a esta preparación de toda la vida, ahora que su muerte por fin se acerca, Marco Aurelio no le teme más que cuando parecía muy lejana. Por lo tanto, pide a sus médicos describir con paciencia y detalle lo que ocurre dentro de su cuerpo, para poder contemplar sus propios síntomas con la indiferencia estudiada de un filósofo natural. Su voz es débil y las llagas en su boca y garganta le dificultan hablar. Pronto se siente muy cansado y les indica con un gesto que se retiren, desea continuar con sus meditaciones en privado.

Solo en su habitación, escucha el sonido de su propia respiración sibilante; ya no se siente más como un emperador, solo es un anciano endeble, enfermo y agonizante. Gira la cabeza a un lado y echa un vistazo a su reflejo en la superficie pulida de la estatuilla dorada de la diosa Fortuna junto a su cama. Sus tutores estoicos le aconsejaron practicar un ejercicio mental cuando notara su propia imagen. Entrenarse uno mismo para aceptar la propia mortalidad es un modo de construir resiliencia emocional. Al enfocar sus ojos con debilidad en su reflejo, intenta imaginar que uno de los emperadores

romanos muertos hace mucho tiempo que lo precedieron le devuelve la mirada. Primero imagina a Antonino, su padre adoptivo, y luego a su abuelo adoptivo, el emperador Adriano. Incluso imagina que su reflejo asume poco a poco las características que aparecen en pinturas y esculturas de Augusto, fundador del Imperio dos siglos atrás. Al hacerlo, Marco se pregunta a sí mismo en silencio: «¿Dónde están ahora?». Y susurra la respuesta: «*En ninguna parte...* o, al menos, en ninguna parte de la que podamos hablar». <sup>2</sup>

Continúa meditando pacientemente, pero somnoliento, sobre la mortalidad de los emperadores que lo precedieron. No queda nada de ninguno de ellos salvo huesos y polvo. Sus vidas, una vez ilustres, se han vuelto insignificantes de forma gradual para las generaciones subsecuentes, quienes apenas los recuerdan a medias. Incluso sus nombres resultan antiguos y evocan recuerdos de otra era. Cuando era niño, el emperador Adriano se hizo amigo suyo, y los dos solían cazar jabalíes juntos. Ahora, hay oficiales jóvenes bajo su mando para quienes Adriano solo es un nombre en los libros de historia, el cuerpo real que tenía en vida ha sido sustituido por retratos y estatuas inánimes. Antonino, Adriano, Augusto, todos muertos y ausentes por igual. Todos, desde Alejandro Magno hasta el arriero más pobre terminan por yacer en el mismo suelo. Reyes y mendigos por igual. Al final, a todos les espera el mismo final...

Este tren de pensamiento es interrumpido bruscamente por un ataque de tos acompañado por sangre y tejido de la úlcera en su garganta. El dolor y el malestar

de su fiebre compiten por su atención, pero Marco hace de ello otra parte de su meditación: se dice a sí mismo que solo es otro de esos hombres muertos. Pronto no será más que un nombre junto a los demás en los libros de historia, y un día hasta su nombre será olvidado. Así es como contempla su propia mortalidad: mediante la práctica de uno de los muchos ejercicios estoicos con siglos de antigüedad que aprendió en su juventud. Una vez que aceptamos de verdad nuestra propia muerte como un hecho ineludible de la vida, deja de tener sentido desear la inmortalidad, cuerpos tan duros como los diamantes o poder volar con las alas de un ave. Mientras podamos asir con firmeza la verdad de que ciertos infortunios son inevitables, ya no sentiremos más la necesidad de preocuparnos por ellos ni anhelaremos aquello que aceptamos como imposible, siempre que podamos ver con una claridad tan transparente como el cristal que es fútil hacerlo. Ya que la muerte se encuentra entre las certezas más grandes de la vida, para un hombre sabio debe ser una de las menos temidas.

Aunque Marco comenzó su preparación en filosofía por primera vez cuando apenas era un niño de doce años, su práctica se intensificó a partir de los veinte, cuando se dedicó sin reservas a convertirse en un estoico. Desde entonces, practicó sus ejercicios estoicos todos los días, entrenó su mente y su cuerpo para obedecer a la razón y se transformó a sí mismo de forma progresiva, tanto como hombre como regente, en algo que se aproximaba al ideal estoico. Había intentado desarrollar su propia sabiduría y resiliencia sistemáticamente, escul-

piéndose a la imagen de los filósofos que compartieron sus enseñanzas con él y de otros grandes hombres que se habían ganado su admiración, entre los cuales sobresalía Antonino. Estudió la forma en que enfrentaban diversas formas de adversidad con serena dignidad. Observó cuidadosamente cómo vivían en conformidad con la razón y exhibían las virtudes cardinales de *sabiduría*, *justicia*, *fortaleza* y *templanza*. Ellos sentían el dolor de la pérdida, pero no sucumbían ante ella. Marco se había sentido desconsolado tantas veces y había practicado su respuesta a ello con tal frecuencia que ya no lloraba sin control. Ya no gritaba más «¿por qué?» ni «¿cómo puede ser posible?»; ni siquiera albergaba tales pensamientos. Ahora ase con firmeza la verdad de que la muerte es una parte de la vida natural e inevitable. Ahora que ha llegado su hora, le da la bienvenida con una actitud filosófica. Hasta podría decirse que ha aprendido a ser amigo de la muerte. Aún derrama lágrimas y se lamenta por las pérdidas, pero como lo hace un hombre sabio. Ya no suma a su pesar natural quejas, sacudiendo el puño contra el universo.

Desde que completó su diario de reflexiones sobre filosofía muchos años atrás, Marco Aurelio ha estado transitando por la etapa final de un viaje espiritual de toda la vida. Ahora que yace con dolor y malestar, con el final aproximándose, se recuerda a sí mismo con gentileza que ya ha muerto muchas veces a lo largo del camino. Primero murió como niño al entrar al palacio imperial como heredero al trono, para asumir el título de César después de que Adriano falleciera. Tras la muerte de An-

tonino, como el joven César, tuvo que morir al tomar su lugar como emperador de Roma. Dejar Roma atrás para comandar las legiones del norte durante la guerra marcomana fue la señal de otra muerte: una transición a una vida de conflicto y permanencia en el extranjero. Ahora, como un anciano, enfrenta su muerte no por primera vez, sino por última. Desde el momento en que nacemos, morimos constantemente, no solo con cada etapa de nuestra vida, sino también día con día. Nuestro cuerpo ya no es aquello que nuestra madre vio nacer, como Marco Aurelio explicaba. Nadie es la misma persona que era ayer. Darse cuenta de ello hace más fácil soltarse: no podemos aferrarnos a la vida más de lo que podemos sujetar las aguas de una corriente torrencial.

Ahora, Marco se siente más somnoliento y está a punto de quedarse dormido, pero se obliga a hacer un esfuerzo para sentarse en la cama. Aún tiene asuntos que atender. Les ordena a los guardias llamar a los miembros de su familia y a su círculo íntimo de cortesanos, los «amigos del emperador», quienes han sido convocados al campamento. Aunque luce frágil y ha sufrido de enfermedades durante toda su vida, posee una famosa resiliencia. Ya ha parecido estar al borde de la muerte antes, pero esta vez los médicos le han confirmado que es poco probable que sobreviva. Todos sienten que el fin está cerca. Se despide de sus queridos amigos, sus yernos y sus cuatro hijas sobrevivientes. Habría besado a cada una de ellas, pero la peste lo obliga a mantener distancia.

Su yerno Pompeyano, su mano derecha y general en jefe durante las guerras marcomanas, está a su lado

como siempre. Su amigo de toda la vida, Aufidio Victorino, otro de sus generales, también está allí, al igual que Brutio Presente, el suegro de Cómodo, y otro de sus yernos, Cneo Claudio Severo, un amigo cercano y también filósofo. Se reúnen con rostro solemne alrededor de su cama. Marco enfatiza que deben cuidar bien de Cómodo, su único hijo superviviente, quien ha regido a su lado como su coemperador aprendiz durante los últimos tres años. Ha asignado a los mejores maestros disponibles para él, pero la influencia que tienen disminuye. Cómodo se convirtió en emperador cuando apenas tenía dieciséis años; Marco tuvo que esperar hasta los cuarenta. Los regentes jóvenes, como el emperador Nerón, suelen corromperse con facilidad, y él puede ver que su hijo ya tiene malas compañías. Pide a sus amigos, en especial a Pompeyano, que le hagan el honor de asegurar que la educación moral de Cómodo continúe como si fuera su propio hijo.

Nombró a Cómodo como su heredero oficial al otorgarle el título de César cuando apenas tenía cinco años. El hermano menor de Cómodo, Marco Annio Vero, también fue nombrado César, pero murió poco después. Marco había tenido la esperanza de que los dos muchachos reinaran juntos algún día. Cualquier plan de sucesión que acordara con el Senado sería precario. Sin embargo, en el punto más álgido de la peste, cuando estalló la primera guerra marcomana, fue necesario para la estabilidad de Roma tener un heredero designado en caso de que un usurpador intentara tomar el trono. Durante un episodio previo de enfermedad, cinco años an-

tes, se esparcieron rumores de que Marco *ya* había fallecido. Su general más poderoso en las provincias del este, Avidio Casio, fue proclamado emperador por la legión egipcia, desencadenando una breve guerra civil. Marco ordenó inmediatamente que Cómodo fuera llevado a toda prisa de Roma a la frontera norte para asumir la *toga virilis* y así marcar su paso oficial a la adultez. Una vez que la rebelión fue sofocada, continuó acelerando el proceso del nombramiento de Cómodo como emperador. De haber muerto sin un heredero, probablemente habría estallado otra guerra civil.

Del mismo modo, reemplazar a Cómodo con un regente sustituto en ese momento habría dejado a todo el Imperio en una posición vulnerable. Las tribus del norte podrían aprovechar la oportunidad para renovar sus ataques, y otra invasión significaría el fin de Roma. La mejor esperanza que tenía era que Cómodo siguiera la guía de sus maestros y consejeros de confianza. No obstante, está siendo influido por múltiples parásitos, quienes constantemente le ruegan volver a Roma. Mientras continúe con el ejército, bajo el ojo vigilante de su cuñado Pompeyano, hay esperanzas de que Cómodo aprenda a reinar con sabiduría. Pero, a diferencia de su padre, no muestra ningún interés en la filosofía.

A mitad de la conversación, Marco se desploma repentinamente y pierde la consciencia. Algunos de sus amigos se alarman y comienzan a llorar sin control porque suponen que ha muerto. Los médicos logran reanimarlo. Cuando Marco observa los rostros de sus adoloridos compañeros, en vez de temer por su propia muerte,

su atención se dirige a ellos. Los ve llorar por él tal como él había llorado por su esposa e hijos y por tantos amigos y maestros perdidos a lo largo de los años. Ahora que es él quien muere, las lágrimas de sus amigos le parecen innecesarias. No tiene sentido lamentarse por algo inevitable y fuera del control de cualquiera. Para él es más importante que con calma y prudencia preparen la transición para el reinado de Cómodo. Aunque apenas está consciente, de algún modo todo parece más claro que nunca. Quiere que los reunidos a su alrededor recuerden su propia mortalidad, que acepten sus implicaciones, que comprendan su importancia y que vivan con sabiduría, por ello susurra:

—¿Por qué lloran por mí en lugar de pensar en la peste... y en la muerte como aquello que todos tenemos en común?

El silencio cae sobre la habitación mientras asimilan su gentil recomendación. Los sollozos se detienen. Nadie sabe qué decir. Marco sonríe e indica con un gesto débil que pueden retirarse. Son estas sus palabras de despedida:

—Si ahora me otorgan permiso de irme, entonces me despediré y los adelantaré.<sup>3</sup>

A medida que las noticias de su condición se diseminan por el campamento, los soldados se lamentan con fuerza; lo aman mucho más de lo que les importa su hijo, Cómodo.

Al día siguiente, Marco despierta temprano, sintiéndose en extremo frágil y agotado. Su fiebre ha empeorado. Al darse cuenta de que estas son sus últimas



horas, convoca a Cómodo. La serie de guerras contra las tribus hostiles de germanos y sármatas que Marco Aurelio ha luchado por casi una década se encuentra en sus etapas finales. Insta a Cómodo a darle una conclusión satisfactoria, a que asuma personalmente el comando del ejército, persiga a las tribus enemigas restantes hasta que se rindan y supervise las complejas negociaciones de paz que ya están en marcha. Le advierte que, si no permanece en el frente, el Senado lo consideraría como una traición tras haber invertido tanto en las prolongadas guerras y de que tantas vidas se perdieran en batalla.

Sin embargo, a diferencia de su padre, a Cómodo le *aterra profundamente* morir. Al mirar el cuerpo marchito de su padre, no se siente inspirado a seguir su virtuoso ejemplo; en lugar de ello, siente repulsión y miedo. Se queja de que corre el riesgo de contraer la peste al permanecer entre las legiones en el norte y anhela más que nada volver a la seguridad de Roma. Marco Aurelio le asegura que muy pronto, como único emperador, hará lo que desee, pero le ordena esperar unos días más antes de irse. Entonces, al sentir que la hora de su muerte se avecina, ordena a los soldados que acojan a Cómodo bajo su protección para que el joven no pueda ser acusado de haber asesinado a su padre. Solo puede esperar que sus generales convengan a Cómodo de renunciar a su imprudente deseo de abandonar la frontera norte.

Marco escribió que nadie es tan afortunado como para no tener a una o dos personas junto a su lecho de muerte que reciban con satisfacción su deceso.<sup>4</sup> Dice que en su propio caso, como emperador, puede pensar en

cientos de individuos con valores que entran en conflicto con los suyos, quienes estarían más que felices de verlo muerto. Ellos no comparten su amor por la sabiduría y la virtud y desprecian su visión de un imperio que haga de la libertad de sus ciudadanos su mayor meta. No obstante, la filosofía le ha enseñado a sentirse agradecido por la vida y a no temer a la muerte; como una aceituna madura que cae de una rama y agradece tanto al árbol por darle vida como a la tierra debajo por recibir su semilla al caer. Para los estoicos, la muerte solo es una transición natural que devuelve nuestro cuerpo a la misma fuente de la cual provino. Por lo tanto, en el funeral de Marco Aurelio, la gente no dirá que lo perdieron, sino que ha sido devuelto a los dioses y a la naturaleza. Quizá sus amigos expresaron este sentimiento en sus elogios, pues suenan como una referencia a las enseñanzas estoicas que él apreciaba. Nunca se debe decir que *nada* se ha perdido, nos dicen. Solo ha sido devuelto a la naturaleza.

Cómodo, por desgracia, se ha rodeado de aduladores que todo el tiempo le ruegan volver a casa, donde pueden disfrutar de mayores lujos. «¿Por qué continúa bebiendo este gélido lodo, señor César, cuando podríamos estar de vuelta en Roma para beber agua pura que corre fría o caliente?» Solo Pompeyano, el mayor de sus consejeros, lo confronta y le advierte que dejar la guerra inconclusa sería una desgracia y un peligro. Al igual que Marco, Pompeyano cree que el enemigo verá la retirada como una cobardía y ganará confianza para sublevaciones futuras; el Senado lo verá como incompetencia. Cómodo se convence por un breve tiempo, pero al final, la

tentación de Roma es demasiado grande. Da a Pompeyano la excusa de que debe volver en caso de que un usurpador aparezca repentinamente y planea una sublevación en su ausencia. Tras la muerte de Marco Aurelio, Cómodo concluye la guerra de forma apresurada, pagando enormes sobornos a los líderes de las tribus germánicas y sármatas hostiles. Huir de los campamentos del ejército socava de un solo golpe cualquier credibilidad que tuviera con las tropas, quienes eran firmemente leales a su padre. En cambio, debe recurrir a la población de Roma para tener algún respaldo, valiéndose de gestos caros para complacer a las masas y ganar popularidad, comportándose cada vez más como una *celebridad* y no como un regente sabio y benevolente. Los estoicos observaron que aquellos que se sienten más desesperados por huir de la muerte con frecuencia se encuentran a sí mismos corriendo a toda velocidad hacia sus brazos, y esto parece bastante cierto para Cómodo. Marco Aurelio vivió hasta los cincuenta y ocho años a pesar de su fragilidad, de la enfermedad y de las duras condiciones que soportó al frente de las legiones del norte. En contraste, Cómodo estaba destinado a una espiral de paranoia y violencia tras repetidos intentos de asesinato. Finalmente, sus enemigos en Roma tienen éxito y lo matan cuando apenas tiene treinta y un años. Ninguna cantidad de escoltas, como dijo Marco Aurelio una vez, es suficiente para proteger a un regente que no se ha ganado el favor de sus súbditos.

El sucesor que un emperador elige es una parte importante de su legado. Sin embargo, los estoicos enseña-

ron que no podemos controlar las acciones de otros y que hasta los maestros con una sabiduría suprema, como Sócrates, tienen hijos y estudiantes rebeldes. Se dice que cuando Estilpón, un filósofo de la escuela de Megara y uno de los predecesores del estoicismo, fue criticado por el carácter vergonzoso de su hija, dijo que las acciones de su hija no le traían más deshonor a él de lo que las suyas propias le daban honor a ella. Tal como resultaron las cosas, el legado real de Marco Aurelio no sería Cómodo, sino la inspiración que su propio carácter y filosofía proporcionaron a las generaciones futuras. Como todos los estoicos, él creía con firmeza que la virtud debía ser su propia recompensa. También se sentía conforme con aceptar que situaciones concretas durante la vida, sin mencionar aquellas después de la muerte, nunca dependen del todo de nosotros.

No obstante, los estoicos enseñaron que el hombre sabio siente una inclinación natural a escribir libros que ayuden a otras personas. En algún momento durante la primera campaña en la frontera norte, Marco, separado de sus adorados maestros y amigos estoicos en Roma, comenzó a escribir sus reflexiones personales sobre filosofía como una serie de notas breves y máximas. Es probable que comenzara poco después de la muerte de su principal tutor estoico, Junio Rústico. Quizá escribió como una forma de lidiar con este golpe, convirtiéndose en su propio maestro para sustituir las conversaciones con Rústico. Esta colección de reflexiones es conocida hoy en día como *Meditaciones*. Cómo sobrevivieron dichos textos es un misterio: es probable que cayeran en

manos de Cómodo, a menos que Marco los legara a alguien más. Quizá cambiaron de manos en la reunión final con sus cortesanos. Decepcionado por el carácter irresponsable de su hijo, el agonizante emperador sabía que, al menos, uno de sus amigos de confianza protegía ya las *Meditaciones*; su verdadero obsequio para las generaciones subsecuentes.

Tan pronto como se retira Cómodo, Marco Aurelio llama al joven oficial de la guardia nocturna para acercarse y susurrar a su oído con dificultad. Luego, cansado, cubre su cabeza con una sábana y cae dormido, para fallecer en calma durante la séptima noche de su enfermedad. Por la mañana, sus médicos anuncian la muerte del emperador y el campamento se arroja a un estado de angustiosa confusión. En cuanto se esparce la noticia, los soldados y las personas llenan las calles, sumidos en llanto. De acuerdo con Herodiano, un historiador romano que atestiguó de primera mano el reinado de Cómodo, todo el Imperio lloró como si se tratara de un solo coro cuando corrió la noticia de la muerte de Marco Aurelio. Todos se lamentaron por la pérdida de su «bondadoso padre», «noble emperador», «valiente general» y «regente sabio y moderado»; y, en opinión de Herodiano, «cada hombre dijo la verdad».

A medida que el bullicio en el campamento se vuelve más fuerte, los guardias, nerviosos, preguntan a su tribuno:

—¿Qué dijo?

El oficial los mira como si estuviera a punto de hablar, pero se detiene por un momento. Arruga el ceño,

perplejo, mientras transmite el mensaje del emperador muerto:

—Vayan al sol naciente —dijo—, pues yo ya anochezco.<sup>5</sup>

### LA HISTORIA DEL ESTOICISMO

Marco Aurelio fue el último estoico famoso del mundo antiguo. Sin embargo, la historia del estoicismo comenzó casi cinco siglos antes de su muerte, con un *naufragio*. Un joven y acaudalado comerciante fenicio de la isla de Chipre, llamado Zenón de Citio, transportaba un cargamento de tinte púrpura a través del Mediterráneo. Muchos miles de crustáceos fermentados debieron ser meticulosamente disecados a mano para extraer apenas unos pocos gramos de esta valiosa mercancía conocida como púrpura *imperial* o *real*, pues se usaba para teñir las túnicas de emperadores y reyes. El barco quedó atrapado en una violenta tormenta. Zenón apenas pudo escapar con vida y fue arrastrado a la costa en el puerto griego de Pireo. Desde la playa, miró con impotencia cómo su preciado cargamento se hundía bajo las olas y se disolvía de vuelta en el océano del que provino.

De acuerdo con una historia, Zenón lo perdió *todo* en aquel naufragio. Devastado, terminó viviendo como un mendigo después de llegar a Atenas: era un inmigrante sin un centavo en una ciudad extranjera. Al buscar una guía respecto a la mejor forma de vivir, viajó varios kilómetros hasta el oráculo de Delfos, donde el

dios Apolo le habló a través de su sacerdotisa para anunciarle que debía *tomar el color no de crustáceos muertos, sino de hombres muertos*. Debió de quedar bastante perplejo con el enigmático consejo. Sintiendo completamente perdido, Zenón volvió a Atenas y se sentó junto a un montón de libros en el puesto de un vendedor. Ahí comenzó a leer lo que, por mero azar, resultó ser una serie de anécdotas sobre Sócrates, escritas por Jenofonte, uno de sus alumnos más distinguidos. Las palabras que Zenón leyó lo golpearon como un rayo y transformaron por completo su vida.

Tradicionalmente, los aristócratas griegos creían que la virtud se asociaba con un nacimiento noble. Sócrates, por su parte, argumentaba que las virtudes clásicas como la justicia, la fortaleza y la templanza solo eran formas de sabiduría moral, la cual todos tenían el potencial de aprender. Sócrates le enseñó a Jenofonte que las personas deben educarse a sí mismas para adquirir sabiduría y virtud a través de la autodisciplina. Tras la ejecución de Sócrates, Jenofonte escribió diligentemente muchas memorias de las conversaciones de su maestro sobre filosofía. Quizá fue en este momento en el que Zenón de pronto entendió a qué se refería el oráculo: debía «tomar el color de hombres muertos» absorbiendo minuciosamente las enseñanzas de hombres sabios de generaciones previas, enseñanzas como las doctrinas filosóficas, mismas que leía en ese momento en *Memorables*, de Jenofonte, sobre Sócrates.

Zenón dejó caer el libro, se puso de pie de un salto y le preguntó emocionado al vendedor: